

ESTUDIOS

EFECTOS SOCIALES DEL DESARROLLO ECONOMICO ¹

I.—VALOR EURISTICO DE LA DOCTRINA MARXISTA

Al enfrentarse con el tema de los efectos sociales del desarrollo económico, es ineludible invocar la teoría marxista que, aunque en su lenguaje oficial se titula «concepción materialista de la historia» o «dialéctica materialista», tiene dos características que apuntan directamente al objeto de nuestra actual preocupación: de un lado, es una *interpretación económica de las historia y la sociedad* (lo que es mucho más concreto que la fórmula «interpretación materialista»), y, de otro lado y en particular, se presenta como intento de interpretación de la *dinámica de las sociedades industrializadas*.

Dentro de una postura estrictamente científica, o sea, sin hacer caso de los antimarxistas *enragés*, que sólo ven en la doctrina un cúmulo de errores, pero sin aceptar tampoco la credulidad de los marxistas, pensamos que esta teoría tiene sobre todo dos grandes aciertos, que particularmente nos interesan ahora: a) El concebir la sociedad como un compuesto de diferentes estratos o sectores mutuamente relacionados y condicionados; permitiendo esta concepción el acceso a una *explicación inmanente de la dinámica social*, que explica los cambios de estructura por la acción específica de un factor social o el juego conjunto de varios; sin necesidad de recurrir a cualquier *deus ex machina*; b) En concreto, el haber sintetizado la composición estructural del mundo humano en *tres momentos u órdenes existenciales de la vida colectiva* (y no dos, como se entiende a menudo), cuyo juego recíproco ha de tenerse en cuenta para la explicación de las metamorfosis sociales: los MODOS DE PRODUCCIÓN (economía real o técnica, como forma real de producir), la INFRAESTRUCTURA ECONOMICO-SOCIAL (relaciones sociales de propiedad, pro-

¹ Comunicación al V Congreso Latino-americano de Sociología. (Montevideo, Junio, 1959.)

ducción y cambio) y las IDEAS o IDEOLOGÍAS (componentes espirituales del mundo interhumano).

Para Marx la correlación entre estos tres momentos era siempre la misma y necesaria: los modos de producción «determinan» las relaciones de producción (así, la producción macroindustrial debía «determinar» la superestructura ideológica (así, el socialismo económico habría de «determinar» la moral, el Derecho, el arte, etc., socialistas). El examen de la realidad histórica nos ha demostrado la gran utilidad de mantener la trilogía marxista *para comprender el mundo occidental contemporáneo*. En cambio, sirve de muy poco o nada para captar mentalmente una tribu centroafricana o el Imperio de Carlomagno. Pero además tampoco hay que admitir forzosamente la jerarquía causal enunciada. Tomamos los tres estratos marxistas y su posible correlación funcional como punto de partida para descubrir los fenómenos sociales contemporáneos, mas no aceptamos a ciegas las conclusiones específicas de la doctrina. Del dogma hemos descendido al plano de la eurística y la metodología, en el cual reconocemos ciertamente la aportación del autor de *Das Kapital*.

II.—LA PRIORIDAD DE LAS IDEOLOGIAS

La meditación sobre el hecho social nos va a llevar justamente a una inversión casi radical del esquema marxista, incluso sin necesidad de confesar o postular cualquier Filosofía espiritualista, sino manteniéndonos estrictamente en el terreno de la aprehensión empiriológica.

En dicho esquema la secuencia es bien clara, a efectos actuales: la *industrialización*, como «prius» o «primum mobile», va a engendrar en una primera fase la polarización de la sociedad en las dos clases de propietarios y proletarios, para rematar en una segunda fase en la liquidación de la primera de ambas (Carlos Marx habló solamente de liquidación de la «categoría social» de burgués, no de liquidación biológica de los burgueses; con la consiguiente nivelación plena de la masa social y la extinción de las clases en una *democracia social y política sin propiedad explotadora*. Y sobre esta plataforma podría alzarse sin perturbaciones en el firmamento de las ideologías la *libertad del espíritu*. Por lo demás, lo cierto es que a Marx le preocupó casi exclusivamente el primer nexo causal, el de «determinación» de la propiedad socialista y de la igualdad económica por la acción de las fuerzas productivas llegadas a la fase del macroindustrialismo.

PERO LAS FUERZAS PRODUCTIVAS NO SURGEN POR SÍ SOLAS NI TAMPOCO DIRECTAMENTE DE LAS FUERZAS NATURALES, SINO QUE SON PRODUCTO DEL ARTIFICIO HUMANO. Ni las máquinas, ni la aplicación de las máquinas, ni la racionalización o la automatización, han brotado del suelo, como los helechos, o han caído del cielo, como los meteoritos. Han sido obra humana, y como tal, fruto de alguna ideología, puesto que la voluntad humana se mueve por ideas (es energía ideomotriz, en expresión de William James). Como ya he-

mos insinuado, esto hay que admitirlo incluso aunque se niegue el libre albedrío. En este último caso habría que dar una explicación de las ideas muy distinta de la que suministra la concepción espiritualista; pero ni aun así podrá dejarse de partir de ellas para entender la actividad humana y las obras de la actividad humana. Carece completamente de sentido pretender que el *industrialismo*, como modo de producción, es anterior a todas las ideas que movieron a los hombres a producir industrialmente, y que las ha creado.

Reflexiónese con detenimiento sobre lo que actualmente está acaeciendo en la América latina, en cotejo con lo que sucede en Norteamérica o en el Viejo Continente. Tenemos una serie de países altamente industrializados y otros que no lo están y, sin ningún género de duda, el afán de éstos por equipararse o aproximarse a los primeros no es más que una forma del proceso de imitación, intercambio social o influencia internacional: pero *lo que los países latinoamericanos han recibido o están recibiendo de los más «progresivos» no es PRIMARIAMENTE su industrialización, sino su ideología*. Llegan allí capitales, ingenieros, técnicos, máquinas, etc., como vehículo del modo de producción industrial; pero todo eso entra en América latina porque PRIMARIAMENTE una determinada manera de pensar lo reclama o, al menos, lo deja entrar. Y esa manera de pensar, esa ideología, no es oriunda de tales países, sino que ha sido importada antes que los capitales, etc.

III.—INFLUJO DEL MODO DE PRODUCCION SOBRE LA INFRAESTRUCTURA ECONOMICO-SOCIAL

Lo dicho anteriormente equivale a refutar (y aun invertir) los términos de lo que Marx llama *revolución ideológica*, que consiste, para él, en la transformación de las ideas por causa o como consecuencia de los cambios operados en la infraestructura económica. Ahora bien, como ya tenemos dicho, la primera parte de la doctrina marxista apunta a otra cosa: al influjo de los *modos* de producción sobre las *relaciones sociales* económicas, por el que éstas cambian a remolque de aquéllos (*revolución económica*). Y esto no sólo nos parece un acierto de la tesis marxista, sino que incluso inconscientemente han venido a constituir parte del acervo de conocimientos generales de la ciencia social. El tema concreto propuesto en el punto primero del programa del V Congreso Latinoamericano de Sociología, es decir, el de «efectos sociales del desarrollo económico», recoge justamente tal punto de vista.

Ahora bien, de ver en detalle cómo se produce —o puede producirse— ese fenómeno, convendría hacer tres declaraciones generales que rectifican el simplismo y unilateralismo de la concepción marxista del cambio social:

a) Por lo pronto, según queda ya recogido, el momento o estrato de los modos de producción, o sea, el desarrollo económico, *no es lo primero*. Por

consiguiente, los efectos sociales del desarrollo industrial podrán venir impuestos a los deseos y aspiraciones humanas, podrán no ser queridos; pero no se trata de hechos necesarios con necesidad «metafísica», ya que, en última instancia, la causa de la causa que los ha causado (las ideologías progresistas) está en el dominio y poder de los hombres. LA INDUSTRIALIZACIÓN RESULTA DE UNA INTENCIÓN CONSTITUYENTE Y CREADORA; y en sus efectos sociales no deseados podrá haber *preterintencionalidad*, pero no necesidad absoluta.

b) La tesis marxista habla de «determinación» de las relaciones de propiedad por las fuerzas productivas. La palabra entrecomillada, para ser aceptable, *debe entenderse únicamente en sentido negativo*, es decir, en cuanto que cierta estructura de la técnica de producción HACE IMPOSIBLES determinadas formas jurídico-sociales de la economía; mas no forzosamente que «determine» de modo positivo la aparición de una forma específica y única. Así, creemos con Marx que la producción macroindustrial ha hecho imposible la propiedad individual o privada sobre los medios de producción; pero no resulta igualmente claro, ni mucho menos, que determine inexorablemente la llamada propiedad socialista.

c) En el aspecto positivo, lo que los modos de producción engendran son sólo *tendencias de transformación social*, las cuales, de un lado, al ser varias, permiten una cierta libertad de opción entre ellas o de combinación de las mismas —con amplio margen para la capacidad creadora de los artífices sociales—, y, de otro lado, en cuanto tendencias, no llegan a realizarse y actualizarse por sí solas, sino merced a la coactuación de muy diversos factores, que pueden además canalizarlas, desvirtuarlas y aun, en ciertos casos, reprimirlas sin trastorno social significativo.

Todo esto nos dice una cosa de la mayor trascendencia: LA CUESTIÓN DE LOS EFECTOS SOCIALES DE LA INDUSTRIALIZACIÓN NO ES UN PURO TEMA DE ESPECULACIÓN SOBRE UN FENÓMENO CÓSMICO INELUDIBLE —COMO DETERMINAR EL HORARIO DE UN ECLIPSE— SINO UN ASUNTO EMINENTEMENTE PRÁCTICO, POR CUANTO PERMITE LA INTERVENCIÓN DEL LEGISLADOR, DEL REVOLUCIONARIO O DEL REFORMADOR SOCIAL DENTRO DE CIERTOS CRITERIOS LIBREMENTE ELEGIBLES. No hemos de tratar, pues, de ella únicamente *propter speculationem*, de acuerdo, por lo demás, con el carácter de «ciencia aplicable» que goza la Sociología.

IV.—VARIEDAD DE LOS PROCESOS EVOLUTIVOS

La versión marxista del cambio social es típicamente ochocentista. Con el excesivo sintetismo del siglo XIX, concebía *una sola línea de transformación que se daba igual en todos los países en trance de industrialización*. El esquema feudalismo-capitalismo-socialismo se aplicaba aproximadamente igual en todas partes. La experiencia histórica (¡y, ante todo, la experiencia del

hecho soviético ruso!) ha hecho caer por el suelo semejante versión. Aparte de que el término «feudalismo» no es más que un cómodo y arbitrario subterfugio para englobar unitariamente (en pura unificación verbal) sistemas sociales preindustriales muy diferentes, lo cierto es que el proceso de transformación que va llevando al industrialismo, así como sus consecuencias económico-sociales y la repercusión de aquél y de éstas sobre las ideologías, ofrecen características muy distintas y aun opuestas, según los países en que se han dado y se van dando. Para conseguir una perspectiva clara que nos permita entender esos fenómenos, y aun a riesgo de incurrir en el mismo defecto de abuso de la síntesis que acabamos de censurar, podríamos agrupar los procesos de industrialización en tres grandes tipos, según la promoción ideológica de que derivan:

a) *Industrialización capitalista*.—Es la forma típica de la historia contemporánea de Inglaterra o Estados Unidos. La élite burguesa liberal, por las motivaciones que sean, pero siempre girando en torno del *lucro privado*, ha promovido la transformación industrial de las sociedades.

b) *Industrialización socialista*.—Es la forma típica de la historia contemporánea de Rusia o de China. Una élite netamente política, por las motivaciones que sean, pero girando siempre en torno de la *ideología estatista autoritaria*, ha promovido la transformación industrial de las sociedades hasta entonces atrasadas, justamente por haber carecido de una burguesía emprendedora y activista.

c) *Industrialización mixta*.—Finalmente, ha habido países que sin disponer de una élite capitalista liberal en forma y sin quedar sometidos a la férrea dirección de una élite socialcomunista, se han lanzado por el camino de la industrialización por la acción conjunta de dos factores afines a esos dos (el liberal y el autoritario), pero con matices peculiares: de un lado, la acción de gobiernos más o menos democráticos que traen en su programa la consecución y generalización del progreso material y la elevación del nivel de vida de las masas (intervencionismo y dirigismo sin total estatismo); de otro lado, la acción de grupos aislados nacionales o de fuerzas empresariales extranjeras que, dentro de cierto régimen de libertad, colaboran con la intervención gubernamental en la misma tarea de industrialización. Tal es el caso, en términos generales, de los países de la América latina, de las naciones afroasiáticas (donde el proceso es apenas incipiente, pero ya acusado en su tendencia).

Como se comprende muy bien, cada uno de los tres tipos de industrialización, tanto por el estado de fuerzas sociales preexistentes como por el carácter específico que asume el proceso mismo, ha de llevar por rutas muy diferentes. *De las diversas tendencias que vamos a exponer a continuación como cambios de la estructura social en su conjunto* (apartado V) *y de la estructura de las empresas* (apartado VI), unas predominarán en unos sitios y otras en otros, según el tipo de procesos predominantes en cada uno. Con ello

destacamos ya con énfasis que ES ERRÓNEO ATRIBUIR AL INDUSTRIALISMO UN EFECTO SOCIAL UNÍVOCO; COMO TAMBIÉN ES ERRÓNEO ATRIBUIRLE UN SOLO ORIGEN.

V.—EFECTOS SOBRE LA ESTRUCTURA SOCIAL

Como tenemos ya insinuado, exponemos diversos fenómenos dinámicos como «posibilidades tendenciales» derivadas de la influencia directa o indirecta del industrialismo progresivo sobre la estructura global de la Sociedad. Se trata sólo de enunciación de temas, no de su explicación y análisis, que prolongarían excesivamente estas notas:

1.º *Liquidación de la clásica élite burguesa capitalista.*—Si en los países de tipo b) esto se ha operado revolucionaria y preindustrialmente (por lo demás, operando sobre un grupo burgués muy mezquino y limitado), en los del tipo a) ha tenido lugar mediante una «socialización fría», en expresión de Th. Geiger.

2.º *Desarrollo de la élite financiera,* en países de tipo a) y c).

3.º *Desarrollo de la élite técnica* (la «nuova classe» del sociólogo italiano Sabino S. Acquaviva).—En todos los países en trance de industrialización, particularmente al iniciarse la era del automatismo.

4.º *Desarrollo de la élite política,* en países de tipo b) y c.) El fenómeno sólo indirectamente mantiene relación causal con el industrialismo, pero es evidente su correlación funcional en esa clase de naciones.

5.º *Desarrollo del estrato burocrático-público,* en todos los Estados, incluso en los de tipo a).

6.º *Desarrollo del estrato burocrático-privado,* en los países de tipo a) y c).

7.º *Reelaboración de los pequeños empresarios y artesanos,* en los países de tipo a) y c). Las gigantescas *corporations* contemporáneas no han absorbido toda la masa de pequeñas explotaciones agrícolas, industriales y mercantiles; y sí han determinado, junto a la liquidación de algunas de ellas, la aparición de otras nuevas y la transformación de otras tantas.

8.º *Aumento de las masas obreras,* en todas las regiones de cualquier tipo, durante las primeras etapas de la industrialización.

9.º *Estabilización cuantitativa de las masas obreras y disminución proporcional de ellas en el total activo de la población,* al llegar cierto grado de ascenso industrial (fase llamada neotécnica, incluso antes de la automatización y el uso de la energía atómica).

10. *Proletarización de la masa obrera,* en el sentido cuantitativo de aumento considerable de la mano de obra no calificada, y en el cualitativo de empeoramiento de sus condiciones de vida; esto, en las primeras etapas de la industrialización en los países del tipo a).

11. *Aumento de obreros calificados* en la etapa neotécnica.

12. *Aumento de obreros semiespecializados y considerable disminución de los peones incalificados* (desproletarización), al depurarse la neotécnica y al implantarse los métodos altamente diferenciados y automáticos de producción. Los países de tipo b) y c), que entran directamente en el industrialismo en las fases más recientes, pueden ahorrarse la fase de proletarización, en cuyo caso tampoco se observa en ellos verdadera «desproletarización», sino únicamente el pase directo a la semiespecialización, la protección legal social, etc.

13. *Reducción de las categorías sociales extraeconómicas*, en todos los países. Sin embargo, no debe exagerarse este efecto en ningún tipo de países. El industrialismo oprime, sí, la figura sociológica de la *inteligencia* o burguesía intelectual, que va quedando como imagen de un pasado más o menos romántico; restringe el *estamento religioso y clerical* (indirectamente, al unirse a la indiferencia religiosa o a la pérdida de influencia pública de la vida religiosa); va suprimiendo la categoría del *rentista* (al depreciarse la moneda, en la dialéctica interna del industrialismo, el atesoramiento se abandona por la inversión, y el rentista —cuando subsiste— cede al accionista o al pequeño empresario). En cambio, en todos los países el industrialismo no ha podido —ni parece que podrá nunca— con la categoría de los *militares* (o sea, los que en vez de manejar los medios de producción económica, usan los que, con Ortega y Gasset, podemos llamar «medios de destrucción»); ni en los países de tipo b) o c) con los núcleos *políticos*, distintos, en cuanto elementos de séquito o de masa, de la élite del mismo carácter.

14. *Reducción enorme de la población campesina y «urbanización» («civilización») de la que queda.* Este es quizá el efecto más trascendental.

VI.—EFECTOS SOBRE LA ESTRUCTURA DE LA EMPRESA

1.º *Gigantismo*, o creación de enormes bloques de producción económica, mucho más allá de lo que previó Carlos Marx al estudiar la ley de concentración capitalista. Por lo demás, este efecto se da también en los países del tipo b).

2.º *Subsistencia de la pequeña y la media empresa.* El efecto anterior no alcanza a todo el ámbito social, ni mucho menos.

3.º *Absentismo industrial*, más característico en los países de tipo a) y c). Llamamos así a la ausencia del dueño, que se aleja de los lugares, instalaciones y medios de producción, al crecer éstos en tamaño. El contacto físico y sensual del artesano con sus herramientas (verdadera «*proprietás*», como inmediatidad real) es imposible en la gran fábrica, en que el titular mantiene contacto con «otras personas» interpuestas entre él y los bienes productivos, pero no con éstos.

4.º Ligado al efecto anterior, *sustitución del dominio sobre las cosas por la dominación sobre las personas*. La macroindustria determina una multiplicación y complicación enorme de los llamados «derechos personales o de obligación» y una debilitación de los *iura in re*. Esto es decisivo en la Sociología industrial, aunque no suele tenerse mucho en cuenta.

5.º *Policracia*, en los países de tipo a) y c). El gigantismo impide la titularidad uninominal y obliga a la asociación de capitales, con lo que ya no manda un solo dueño, sino varios.

6.º *Gestión gerencial*. En realidad, el industrialismo lento, de tipo a), pasa por las dos etapas de absentismo industrial y policracia antes de cristalizar en ésta de gerencia asalariada. El llamado «propietario» no sólo ha visto que se le aleja materialmente su bien y que tiene que compartir la titularidad con otros propietarios, sino que además no tiene más remedio que encomendar la gestión real del negocio y la dominación personal aludida en el efecto 4.º a otros sujetos a sueldo. James Burnham ha exagerado y dislocado este fenómeno; pero es un hecho cierto.

7.º *Gestión gerencial pública*. En los países de tipo b) se produce el *pendant* de los efectos anteriores en la gerencia pública, con diferenciación autoritaria impuesta por la naturaleza de las cosas.

8.º *Nomocracia*. El gobierno de la empresa va pasando, de la iniciativa individual y de la decisión personal, a las fuerzas espirituales de las «normas» (normas de racionalización, de contabilidad, jurídicas, etc.). Con la gran industria ya no se puede hacer lo que se quiera, sino lo que conviene hacer según principios impersonales, extraños al propietario, al gerente privado o al público.

VII.—FINAL

Esas y otras tendencias han de tenerse presentes como posibles o probables de la implantación y generalización de los modos de producir peculiares del macroindustrialismo. Como los modos de producción no vienen impuestos por ningún hado inexorable, ni determinan unívoca e implacablemente cualquier efecto social, conviene estar advertidos de lo que el género de vida industrial nos *puede* traer, para impedir los efectos que, según nuestras valoraciones éticas, religiosas o de cualquier otro tipo, no *debe* traer. Y eso partiendo del supuesto de que la industrialización de la vida social está por encima de toda discusión; no quizá porque la Filosofía social lo demuestre, sino porque la «conciencia colectiva» de todos los pueblos lo pide con tal vehemencia que sólo las sectas extravagantes pueden atreverse a querer nadar contra la corriente. Y, sin embargo, tal vez muy pronto comprendamos que hay mucho de verdad en el aforismo de que «los pueblos felices no tienen industria».

ANTONIO PERPIÑA RODRÍGUEZ
Profesor de la Universidad de Madrid